

ENTRE CASCADAS, GLACIARES Y VOLCANES

Relato de nuestro viaje de 10 días por Islandia, un periplo en el que descubrimos un país sorprendente y con un paisaje natural mágico.

Por Zulima Pérez Villegas

(Nota del autor: este viaje se realizó en el verano del año 2007, antes de la crisis económica que azotó el país y casi tres años antes de la erupción del Eyjafjallajökull)

-¿Pero allí no hace mucho frío?

Esto es lo primero que te dicen cuando les cuentas a tus amigos que vas a consumir los días de asueto estivales en ese país. Y la respuesta es obvia:

-Sí, y en Burgos también.

Lo dicho, me he ido a Islandia, solo han sido 10 días, pero han sido inolvidables, os cuento.

Para un viaje como este, los preparativos se inician con un par de meses de antelación, poco a poco, sin agobios, un día miras por internet hoteles, otro te acercas a la biblioteca a consultar alguna guía, luego pasas por una agencia de viajes y te llevas todos los catálogos que te ofrezca la señorita que, salvo excepciones, suelen ser muy amables, pues este es un destino caro, y la mordida es muy jugosa...

Nosotros, porque viajo con mi marido, aparte de todo este material, contábamos con los inestimables consejos de una persona que ha visitado el país más de una veintena de veces, y nos sugirió -entre otras muchas cosas- ir a nuestro aire; es decir, que tras una rápida ojeada a las fotografías, acabaron en la basura los catálogos de las agencias que ocultaban mi mesita de noche, y modificamos del todo los planes.

Así que nada de reservar el viaje por completo. Esta vez nos hemos ido a la aventura, reservando la primera y última noche de hotel en la capital; el resto las hemos pasado en las muchas "guesthouses" o casa de invitados que se encuentran a lo largo de la carretera principal. Nos acercábamos a ellas al final del día, después de haber disfrutado de las maravillas previstas para esa jornada y básicamente consiste en familias que ponen a tu disposición una habitación de la casa, de esta manera te integras por completo en la vida de los islandeses, pues resides en sus hogares, y si te llevas comida

para cocinar, hasta puedes utilizar sus sartenes; pero eso sí, en calcetines, ya que es costumbre dejar las botas a la entrada para no ponerlo todo perdido de tierra.

No existe en ningún momento sensación de inseguridad, de hecho Islandia posee el nivel más bajo de delincuencia del mundo. Además, en pleno verano cuenta con un fenómeno de la naturaleza digno de ser visto: el sol de media noche; esto es, durante unas semanas al año y debido a la situación tan norteña -no olvidemos que Reyjavik, es la capital más septentrional del planeta- el sol no llega a desaparecer del todo, ocasionando con ello el día perpetuo. Este fenómeno concede al viajero una sensación de seguridad inigualable, pues a parte de no hacerse de noche, no existen animales peligrosos para el hombre en toda la isla.

Una vez terminada la estación estival, el efecto es exactamente el contrario, provocando con ello la noche perpetua y unas temperaturas que "ni en el Páramo de Masa". Es en los meses de septiembre, octubre, marzo y abril cuando más y mejor se puede disfrutar de la aurora boreal; esas luces mágicas que iluminan el cielo de infinitos colores. Debido -entre otros- a este fenómeno, no es de extrañar que los vikingos creyeran en seres mitológicos, sobrenaturales y superiores, pues uno se siente de lo más insignificante ante este espectáculo de la naturaleza.

Tras hacer escala en Londres, nos presentamos en el aeropuerto -que se encuentra entre los cinco mejores del mundo- y alquilamos un cochecito: este es el mejor medio de transporte para poder integrarte y bucear por el país a tu manera. Sí, ya me lo advirtieron, la gasolina cuesta aproximadamente el doble que aquí, y ojo con dañar el coche, que no hay seguro 100% a todo riesgo, pues aun siendo un país de lo más avanzado y con la cuarta renta per cápita más elevada del mundo, asfalto, lo que es asfalto, se ve más bien poco. Me explico: en la capital y alrededores no hay problema, y la 'Ring-Road', la carretera que rodea la isla se encuentra asfaltada en un 90%, pero si te desvías de esta N-1 para ver alguna de las muchas maravillas islandesas, conduce despacito o alquila un todo terreno -prepara la cartera- si no quieres dejar las ruedas o los bajos del vehículo en algún recodo del camino.

ISLANDIA: ABIERTO POR OBRAS

Esta fue la grata impresión que nos llevamos de la isla, pese a lo que puedan pensar los detractores de Gallardón. Todo el país es una inmensa obra, por

suerte, sin acabar. Y es más, me atrevería a decir que una obra de arte, un paraíso para los geólogos, el edén para los ornitólogos y un lugar maravilloso para cualquier amante de la naturaleza. Podría decirse que cuando esa "mano mágica" se dispuso a crear el planeta tierra, probó primero cómo iba a quedar 'la cosa', y esos experimentos se encuentran todos aquí, en su estado primigenio, como si no hubiesen pasado millones de años.

Es una sensación cuanto menos onírica el caminar a través de un volcán activo, eso sí, sin salirte del caminito marcado, si no quieres derretir la suela de las botas. O dar un paseo entre las placas tectónicas que delimitan Europa y América, reprimiendo el impulso de separarlas un poco más. Por cierto, este es el símbolo de mayor importancia histórica de Islandia, pues aquí nació la primera asamblea popular del mundo, el Alping, órgano de gobierno local, que durante casi nueve siglos continuados se reunían aquí para trazar los destinos de esta nación nórdica.



El viajero también puede "asomarse" a la entrada de la Tierra, lugar que Julio Verne situó en uno de los glaciares volcánicos más hermosos del mundo, el Snaefellsjökull, aunque difícil lo tuvieron que tener los tres

aventureros para penetrar en este planeta, pues tanto el cono volcánico como las chimeneas permanecen cubiertas por miles de toneladas de hielo.

Siempre se puede alquilar una moto de nieve y dar una vuelta por el tercer glaciar más grande del mundo (después de la Antártida y Groenlandia), que alcanza un kilómetro de espesor en su zona más densa, el Vatnajökull, o atravesarlo practicando esquí nórdico, siempre que se tenga una excelente forma física y se contrate a un guía especializado. Esta hazaña dura cuatro días y no es cuestión de perderse en vacaciones, claro que llegados a este punto, es bueno saber que el rescate se efectuaría de una manera impecable si no fuera porque luego te pasan la cuenta...



Uno de los muchos atractivos que pudimos encontrar son las numerosas cataratas que salpican toda la orografía islandesa, y las hay para todos los gustos. Sin embargo, la que más nos agradó fue Skógafoss, que se precipita desde 60 m. de altura en medio de un verde acantilado, mientras un ruido atronador convierte en un susurro el más potente de tus gritos y hace que tu ropa necesite una buena secadora. (ver foto). Esta catarata nos ofrece además una escalinata en su margen derecho para poder admirarla desde su parte más elevada y allí iniciar uno de los recorridos más hermosos que hicimos, ¡y prácticamente solos! Y esto es lo mejor: estás en un lugar

admirando un paisaje lunar, atraviesas un parque natural para llegar al pie de un glaciar, te acercas en coche a un geiser y ... ¡no hay que esperar interminables colas porque apenas hay turistas! También es cierto que si lo que quieres es tomarte una cerveza a mitad del día, búscate otro país, en éste los bares se cuentan con los dedos de una mano.



La cascada de Seljalandsfoss también nos pareció muy original, pues pudimos pasear por el interior de la misma sin apenas mojarnos, viendo desde su interior la caída de 40 metros, otras cascadas que visitamos fueron Godafoss y Svartifoss.

Como ya habréis notado, el idioma islandés para los latinos es algo más que indescifrable, nos falta aliento para acabar algunas palabras y muchas no las pronunciamos bien ni con la mejor de las intenciones. Pero no hay problema, ya que el 99% de los oriundos habla inglés, amén de otras lenguas nórdicas. De hecho, en el pueblecito pesquero de Höfn encontramos en el centro de información turística, una chica encantadora que nos atendió en español.

Creo que las vocales, al igual que la carne, son artículo de lujo, por eso son tan escasas unas y tan cara la otra.

Otro gran protagonista de la naturaleza es el géiser: de aquí proviene el fenómeno que le da nombre al resto de los géiser del mundo. Este prodigio, que entraba en funcionamiento de una manera inesperada expulsando una torre de agua pulverizada a una altura de 60 metros, se encontró bajo la mala influencia de los turistas que, pese a ser escasos, vertían en él cantidades de detergente capaces de hacerle despertar a su antojo, y como pasa en estos casos, acabaron por matar a la gallina de los huevos de oro. No obstante, se puede contemplar a su hermano pequeño, Strokkkur, un géiser de 20 metros que te deja igualmente boquiabierto.

A pesar de ello, los turistas no forman parte importante del paisaje, pues este es un destino aún por descubrir. Te encuentras con españoles, sí; pero pocos, los que más frecuentan la isla son alemanes, noruegos, daneses, franceses y algún italiano, ah! y japoneses en grupo y con 17 cámaras cada uno.

Otro atractivo turístico es poder encontrar en cualquier parte de la isla una piscina natural de agua termal a una temperatura de unos 35 ó 40 grados, perfecta para darte un baño en la época que sea, pues al estar el agua tan caliente, a la salida tu cuerpo mantiene el calor lo justito para vestirse de nuevo. De hecho, la gran mayoría de los pueblos cuentan con su sundlaug o piscina bien acondicionada, pues al estar las casas tan distanciadas entre sí, estos lugares hacen de centros sociales y lugar de esparcimiento (lo que aquí llamaríamos bar o taberna), donde puedes disfrutar de jacuzzi, saunas y duchas a diversas temperaturas (lo que aquí llamaríamos cerveza, tinto o marianito.)

Para los amantes de los animales, este es un país que presume de tener una raza de caballos autóctona, -y como ya he dicho antes, un paraíso avícola- procedente del caballo noruego, pero que éste no ha sido cruzado nunca con otros equinos foráneos. Es un caballo de talla pequeña, pero ideal para este paisaje tan abrupto, y en muchas de las granjas se puede alquilar por horas y disfrutar del paisaje desde otro punto de vista.

Para concluir, la impresión que conservo de este sorprendente país y sus gentes ha sido tan grata que tanto mi marido como yo deseamos regresar, pero esta vez en invierno para disfrutar del mismo paisaje pero de un modo completamente diferente, y poder contemplar la espectacular aurora boreal.

Blass-blass (Adios en islandés).